

El ejército francés, que había participado del error de su general en la época del convenio de El-Arisch y que después le reparó con tanta gloria en las llanuras de Heliópolis, por su parte estaba escarmentado de su error, y conociendo que debía dar á la república estrecha cuenta de aquella rica posesión, no pensaba ahora por cierto en evacuarla. Por otro lado, el general Bonaparte ocupaba ahora el puesto supremo, y ya se explicaba el ejército los motivos de su partida sin considerarle más como un desertor. Creyéndose siempre presente á los ojos de su antiguo general, no mostraba ya recelo ninguno sobre su suerte futura; en efecto, merced á la previsión del primer cónsul que hacía fletar buques de comercio en todos los puertos, no pasaba una semana sin que llegasen á Alejandría buques de mayor ó menor porte con municiones, géneros de Europa, diarios, las correspondencias de las familias y los despachos del comercio.

De resultas de estas frecuentes comunicaciones, la patria estaba siempre presente á todos los ánimos, sin que por eso el pesar de estar lejos de ella dejase, como era natural, de angustiar sus corazones cuando alguna circunstancia especial los conmovía. Así, por ejemplo, cuando murió Kléber, al tomar el mando el general Menou, todos los ojos se volvieron de nuevo hacia la Francia. Al presentar á éste sus oficiales un general de brigada, le preguntó si se decidiría por fin á conducirlos otra vez á su patria; Menou le respondió ásperamente, proclamó en la orden del día su resolución formal de conformarse con las intenciones del gobierno, que eran el conservar por siempre la colonia, y todos los ánimos se sometieron nuevamente; pero ocupaba el poder el general Bonaparte, y este solo hecho era para los veteranos soldados de Italia la razón más poderosa para confiar y esperar.

Las pagas estaban corrientes, los géneros á bajo precio; en vez de dar al soldado su prest en víveres, se le daba en dinero: sólo el pan se le suministraba en especie, con lo cual disfrutaba del beneficio de la baratura y vivía en la mayor abundancia, haciendo más á menudo consumo de aves que de carne de reses. Carecía de paño, pero atendidos los calores de aquel clima se empleaba en su lugar para una parte del vestuario de tela de algodón, muy abundante en Egipto. Compráronse además todos los paños que llevaba el comercio á Oriente, de cualquier color que fuesen, de donde resultaba cierta diversidad en el uniforme, y se veían regimientos vestidos de azul, de rojo y de verde; pero por lo menos el soldado estaba equipado y aun presentaba un buen aspecto. El sabio coronel Conté hacía al ejército señalados servicios por la fecundidad de sus invenciones. Había llevado consigo la compañía de los aeronautas, reliquia de los aeronautas de Fleurus, que era una reunión de obreros de todas profesiones militarmente organizados: estableció con su ayuda en el Cairo máquinas para tejer, batanar y tundir los paños, y como la lana no faltaba, había esperanzas de que en breve serían completamente innecesarios los tejidos de Europa. Lo mismo sucedió con la pólvora; las fábricas establecidas en el Cairo por Mr. Champy producían ya una cantidad suficiente para todas las necesidades de la guerra. El comercio se restablecía visiblemente, las caravanas empezaban á acudir con toda seguridad des-

de del centro del África; los árabes del mar Rojo llegaban á los puertos de Suez y de Cosseir, donde cambiaban su café, sus perfumes y sus dátiles por los granos y el arroz del Egipto. Los griegos, protegidos por el pabellón turco y más ágiles que los cruceros ingleses, llevaban á Damietta, á Roseta y á Alejandría aceites, vinos y géneros diversos. En una palabra, de nada se carecía por el presente, y se disponían grandes recursos para lo venidero. Los oficiales, viendo que la ocupación definitiva del Egipto era cosa resuelta, tomaban sus medidas para restablecerse de la manera menos enojosa posible. Los que vivían en Alejandría ó en el Cairo, que eran los más, hallaron en dichas poblaciones cómodas viviendas; acudieron á morar con ellos mujeres sirias, griegas y egipcias, pertenecientes las unas á los marchantes de esclavos y las otras llevadas por su voluntad inclinación, de modo que en breve quedó disipada la tristeza. Dos ingenieros construyeron un teatro en el Cairo, donde los mismos oficiales divertían sus ocios representando comedias francesas; no vivían los soldados más tristemente que sus jefes, y merced á esa facilidad con que el francés por su carácter se familiariza con los usos de todas las naciones, veíaseles fumar y beber café en compañía de los árabes y turcos.

Los recursos rentísticos del Egipto bien administrados permitían ocurrir á todas las necesidades del ejército. El Egipto bajo la dominación de los mamelucos había llegado á pagar, según el mayor ó menor rigor de los esquilmos, de treinta y seis á cuarenta millones de francos; hoy apenas pagaba más de veinte á veinticinco millones, y la percepción era menos dura. Estos veinte ó veinticinco millones bastaban para los gastos de la colonia, pues todos ellos reunidos apenas excedían de un millón y setecientos mil francos mensuales, es decir, de veinte millones y cuatrocientos mil francos al año. Mejorando con el tiempo la recaudación, y adquiriendo más exactitud y menos odiosidad á la vez, no podían menos de aligerarse las cargas de la población, aumentando al mismo tiempo los caudales del ejército. No era imposible llegar á juntar un excedente de tres á cuatro millones anuales, que hubiera servido para formar un pequeño ahorro, ya para ocurrir á circunstancias extraordinarias, ya para invertirlo en construcciones de utilidad y de defensa.

El ejército se componía aún de veinticinco á veintiséis mil individuos, contando sus administraciones, las mujeres y los hijos de muchos militares y empleados. En este número podían contarse unos veintitrés mil soldados, seis mil en cierto modo inválidos, pero en estado sin embargo de defender las ciudadelas, y diez y siete ó diez y ocho mil sanos y capaces del servicio más activo. La caballería era arrogante; igualaba á los mamelucos en valor y los sobrepujaba en disciplina.

La artillería de campaña era veloz y estaba perfectamente servida. El regimiento montado de dromedarios había llegado al último grado de perfección; recorría el desierto con una rapidez extraordinaria, y tenía á los árabes merodeadores completamente escarmentados. Las bajas á la sazón eran poco considerables, pues sobre veintiséis mil individuos sólo se contaban seiscientos enfermos. Sin embargo, en caso de prolongarse mucho la guerra tal vez faltarían fuerzas, á pesar de que los griegos y aun los coftos acudían con premura á

nuestras filas. Los mismos negros comprados á vil precio, y notables por su fidelidad, formaban excelentes cuerpos de reclutas, con los cuales podría con el tiempo recibir el ejército diez ó doce mil soldados más, leales y valientes. Fiado casi ciegamente en su valor y su belicosa experiencia, estaba convencido de que podría lanzar á la mar á los turcos ó ingleses que contra él acudieran de Asia ó de Europa; pues es indudable que aquellos diez y ocho mil hombres bien mandados, reunidos con oportunidad, y dirigidos en masa contra cualesquiera fuerzas recientemente desembarcadas, debían necesariamente quedar dueños de las cosas del Egipto. Pero como hemos dicho, era indispensable que estuviesen bien dirigidos, pues esta es la condición precisa del triunfo para todo ejército.

Figurémonos á Kléber, ó lo que hubiera sido mejor aún á Desaix, al prudente y denodado Desaix, gobernando en Egipto, de donde desgraciadamente le sacó el cordial afecto del primer cónsul: figurémosle libre del hierro musulmán y rigiendo aquella comarca por espacio de algunos años, ¿quién dudará que la hubiera convertido en una colonia floreciente, y que hubiera fundado en ella un soberbio imperio? ¿Cuán superior por sus condiciones no hubiera sido aquella colonia á la que hoy estamos fundando en Africa, con un clima sano donde no se conoce una sola fiebre, con una tierra de fertilidad inagotable, con habitantes sumisos y en cierto modo esclavos del terruño y con reclutas voluntarios?

Pero en vez de Kléber y de Desaix, fué Menou quien por derecho de antigüedad ocupó el puesto de general en jefe del ejército. Irreparable fué esta desgracia para la colonia, y yerro imperdonable en el primer cónsul el no haberle substituído con otro. No teniendo seguridad de que llegasen puntualmente sus órdenes á Egipto, temió que los ingleses se valieran para desorganizar el mando del decreto en que nombrase un nuevo general, si por casualidad caía en sus manos. Hubieran sido ellos capaces tal vez de anunciar que Menou estaba destituido, sin transmitir el nombramiento de su sucesor; con lo cual hubiera quedado el mando incierto acaso mucho tiempo. Sin embargo, no bastaría este motivo para disculpar al primer cónsul si hubiera podido conocer la incapacidad absoluta de Menou bajo el aspecto militar. Sólo un motivo le decidió en favor de este general, y fué su acreditado celo por la conservación y colonización del Egipto. Menou, en efecto, se había opuesto enérgicamente al proyecto de evacuación, contrarrestando el influjo de los oficiales del Rhin y haciéndose en suma cabeza del partido colonista. Llevó su entusiasmo hasta el punto extremado de convertirse al islamismo y de tomar por esposa una mujer turca (1).

Dábase el nombre de Abdallah-Menou. Estas rarezas provocaban la risa de nuestros soldados, de cuyo chanceros y burlones, pero en nada perjudicaban á

(1) Menou era descendiente de una familia noble é ilustre, conocida ya en el undécimo siglo; la historia de la nobleza de Francia ofrece repetidos ejemplos de caprichos como el suyo, y desde el célebre conde de Bonneval ha visto el Oriente varios bajás originarios de los principales feudos de la Bretaña, Normandía y Provenza; Menou abrazó el islamismo para casarse con la hija del dueño de los baños de Roseta. (N del T.)

nuestro establecimiento en el ánimo de los egipcios. Tenía Menou entendimiento claro, instrucción, grande aplicación al trabajo, afición á los establecimientos coloniales; en suma, todas las cualidades del administrador sin ninguna de las cualidades del general. Falto de experiencia, de perspicacia militar y de resolución, era por otra parte de todo punto desgraciado bajo el aspecto físico; era obeso, muy corto de vista y montaba á caballo torpemente; en una palabra, era un jefe poco á propósito para soldados tan listos y tan osados como los nuestros. Además carecía de carácter, y divididos bajo su débil autoridad los jefes del ejército, pronto renacieron entre ellos las más funestas discordias.

Mientras mandó el general Bonaparte, sólo hubo en Egipto un espíritu y una voluntad. Mandando Kléber, hubo por cierto tiempo dos partidos, los colonistas y los anticolonistas, los que querían permanecer y los que querían partir; pero después de la afrenta que los ingleses procuraron causar á nuestros soldados y de que tan gloriosamente se vengaron éstos en Heliópolis: después de reconocer la necesidad de no desamparar la colonia, todas las cosas volvieron á su orden regular. Bajo la autoridad imponente de Kléber hubo unión y hubo orden; pero entre la victoria de Heliópolis y la muerte de aquel guerrero transcurrió poco tiempo. Así que Menou se encargó del mando desapareció la unión.

El general Reynier, buen oficial de estado mayor, se había distinguido en este concepto en los ejércitos del Rhin, y á pesar de su frialdad, de su exterior poco aventajado y de su falta de acción sobre los soldados, gozaba de la estimación universal; considerábase como uno de los oficiales más dignos de figurar á la cabeza del ejército, y era después de Menou el más antiguo. El mismo día de la muerte de Kléber suscitaron Reynier y Menou un vivo altercado, no para disputarse el mando, sino al contrario, para esquivar su peso; ninguno de los dos quería aceptarlo; y en efecto, las circunstancias eran á la sazón terribles. Crefase que la puñalada de que había sucumbido Kléber era la señal de un gran levantamiento organizado en todo el Egipto por influjo de los turcos y de los ingleses: mucho, pues, debía temerse la grave responsabilidad del mando en tan crítica situación. No obstante, cedió Menou á las instancias de Reynier y de otros generales, y consintió en ascender á jefe de la colonia. Pero pronto se conoció la verdadera situación por la tranquilidad profunda que siguió á la muerte de Kléber, y el mando en un principio renunciado fué apetecido después. Codiciaba ya el general Reynier lo que con tanta abnegación se había negado á admitir; porque bajo una capa de frialdad, de modestia y aun de timidez, ocultaba una vanidad desmedida. Llególe á ser insoportable la autoridad de Menou; quieto y sumiso hasta entonces, mostrábase ya ahora murmurador y rebelde, y siempre hallaba réplicas á todo. Menou había aceptado el mando por instancias de sus mismos compañeros de armas y se había dado el título de *comandante en jefe interino*, calificación que criticaba Reynier. Al celebrarse las exequias de Kléber, designó Menou á cuatro generales de división para que ocupasen las cuatro esquinas del férretro, y él se situó detrás á la cabeza del estado mayor, y Reynier murmuró de aquello diciendo que Menou la había echado de virrey. Encomendó éste al ilustre Fourier el panegírico

de Kléber, y luego fué diciendo Reynier que hacer elogiar á Kléber por tercera persona era ofender á su memoria. Cierta retraso involuntario que hubo en una subscripción abierta para erigir á Kléber un monumento, varios entorpecimientos que ocurrieron acerca de la herencia de este general, hartó misera por cierto, como todas las de los nobles guerreros de aquella época; estas y otras puerilidades semejantes fueron interpretadas por Reynier y por los que imitaban su ejemplo de la manera más odiosa. Citamos estas ruindades, que serían indignas de la historia si su misma miseria no fuese instructiva, para mostrar hasta dónde puede descender el hombre en su odiosidad injusta. Cediendo á tan baja pasión, vino á ser Reynier un lugarteniente necio, desobediente y culpable. Juntábasele el general Damas, amigo de Kléber, jefe de estado mayor general, que encerraba en su corazón toda la animosidad y envidia del ejército del Rhin contra el de Italia. Desde aquel momento se apoderó la oposición del mismo seno de la corporación del estado mayor, pero Menou no quiso tolerarla tan cerca de él y resolvió separar al general Damas del puesto que había ocupado en tiempo de Kléber.

Vencidos los opositores intentaron parar el golpe enviando á Menou para que conferenciase con él al prudente y bizarro general Friant, que atento únicamente á sus deberes y extraño á todas las divisiones, no intervenía en ellas sino para templar los ánimos y apaciguarlos. Menou, desplegando más tesón del que solía, no se dejó doblegar, y substituyó al general Damas con el general Lagrange. Desde entonces le molestaron menos de cerca sus enemigos; pero éstos, como era natural, lejos de ceder, se manifestaron más irritados, y la discordia entre los caudillos del ejército fué por consiguiente más escandalosa y temible. Los hombres sensatos deploraban el desconcierto que de ella podía resultar en el mando, desconcierto enojoso doquiera, pero mucho más todavía en medio de continuos peligros y lejos de la autoridad suprema.

Menou, mal general, pero administrador laborioso, trabajaba día y noche en lo que llamaba él la organización de la colonia. Hizo cosas buenas, hízolas también malas, pero sobre todo hizo demasiado. Ocupóse primero en poner los sueldos al corriente, empleando á este fin la contribución de diez millones impuesta por Kléber á las ciudades egipcias como en castigo del último levantamiento. Meditaba de este modo mantener el contento y la sumisión entre el ejército; porque al celebrarse el convenio de El-Arisch se habían notado en él ciertos movimientos de insubordinación, provocados en parte por el atraso de las pagas. Consideraba Menou el cumplimiento regular de lo que se debía al soldado como una garantía de orden, en lo cual tenía razón; pero contrajo el temerario compromiso de pagar las soldadas siempre con preferencia á todos los demás gastos, olvidando los casos fortuitos á que la guerra podía dar lugar. Se ocupó del pan de las tropas, que llegó á hacer excelente; organizó los hospitales, y se aplicó con esmero á introducir el orden en la contabilidad. Menou era hombre de una integridad á toda prueba, pero un tanto inclinado á la declamación; y tanto repitió en sus órdenes diarias la intención de restablecer la moralidad del ejército, que al fin se dieron por resentidos todos los

generales. Preguntaron éstos con amargura si por acaso había sido todo merodeo antes de Menou, y si la probidad entre ellos databa sólo desde su subida al mando. Cierta era, en efecto, que se habían cometido muy pocas malversaciones desde la ocupación del Egipto. Después de la infracción del convenio de El-Arisch se había hecho en el puerto de Alejandría una presa de consideración, que consistía en numerosos buques, que izando bandera turca aportaron para transportar el ejército á Francia y casi todos cargados de mercaderías. Nombróse una comisión para que las vendiese en beneficio del tesoro de la colonia; Menou pareció descontento de las operaciones de la comisión y del general Lanusse, que mandaba en Alejandría; destituyó á éste de un modo humillante para su carácter, y le substituyó con el general Friant. Ofendióse de ello el general Lanusse, y á su vuelta al Cairo se agregó al número de los descontentos. No se limitó á esto Menou; quiso alterar el sistema de las contribuciones, y bajo este aspecto cometió gravísimos yerros. No hay duda de que podía verificarse más adelante cierta reforma en la hacienda del Egipto; con una repartición equitativa del impuesto territorial, con algunos derechos bien entendidos sobre los consumos, fácil era proporcionar alivio al pueblo egipcio y aumentar considerablemente las rentas de la autoridad pública. Pero por ahora, con la exposición que había á los ataques de afuera, era preciso no crearse dificultades por dentro y no sujetar á la población á cambios cuyo beneficio no pudiera ella apreciar desde luego. Una recaudación más ordenada y equitativa de los antiguos impuestos bastaba para restablecer entre los mamelucos y los franceses una comparación de todo punto ventajosa para estos últimos y para alimentar con largueza el tesoro del ejército. Ideó Menou un catastro general de las propiedades, un nuevo sistema del impuesto territorial, y sobre todo la exclusión de los coftos, que eran en Egipto los arrendatarios de las rentas, y hacían con corta diferencia el mismo papel que hacen los judíos en el Norte de Europa. Estos proyectos, buenos para el porvenir, no podían ser peores para el presente; por fortuna no tuvo Menou tiempo bastante para realizar todo su plan, pero le tuvo para crear nuevas contribuciones. Los jeques *El-Beled*, magistrados municipales de Egipto, obtenían en épocas determinadas la investidura del poder municipal, y recibían como presente pellizas ó chales de la autoridad, que les daba dicha investidura; ellos correspondían á estos presentes con otros de caballos, camellos y ganados. Los mamelucos renovaban esta ceremonia con toda la frecuencia que podían, por causa del producto que les proporcionaba; hasta habían llegado algunos de ellos á substituirlos con una prestación en metálico. Imaginó Menou generalizar esta medida y hacerla extensiva á todo el Egipto; y estableció un impuesto sobre los jeques *El-Beled*, que podía ascender á dos millones y medio. Eran ellos ciertamente bastante ricos para pagarlo; y aun era para muchos este impuesto regularizado un verdadero alivio; pero ejercían grande influencia en los dos mil quinientos pueblos colocados bajo su autoridad, y era exponerse á hacérselos enemigos el someterlos á un impuesto absoluto, uniforme y sin compensación, que acarrea por otra parte la supresión de una costumbre cuyo influjo moral era muy útil.



NELSON

Llevado Menou de su deseo de asimilar en todo lo posible el Egipto á Francia, lo cual llamaba civilizarlo, ideó además otro sistema de arbitrios. Tenía ya el Egipto sus impuestos sobre los consumos que se recaudaban en los *okels*, que son una especie de almacenes donde se depositan en Oriente todas las mercaderías que se transportan de un lugar á otro. Este medio de recaudación era fácil y sencillo. Menou quiso convertirlo en un derecho de puertas, siendo éstas muy escasas en Egipto, por lo cual independientemente del desconcierto ocasionado en los hábitos del país, el efecto inmediato fué hacer subir el precio de los géneros en las guarniciones, gravar al ejército con una parte de esta carga y excitar nuevas murmuraciones. Finalmente, resolvió Menou sujetar á contribución á los negociantes ricos, como los costos, griegos, judíos, damascenos y francos, que esquivaban toda carga pública, é impúsoles una capitación de dos millones y quinientos mil francos anuales. No era ciertamente aquel gravamen excesivo, y mucho menos para los costos que se habían enriquecido con el arriendo de los impuestos; pero estos últimos habían padecido mucho en la sublevación del Cairo, eran por otra parte indispensables, porque siempre había que acudir á sus cajas cuando la necesidad obligaba á hacer algún empréstito; por lo tanto, no era prudente enemistarlos, ni tampoco á los comerciantes griegos y europeos, que como muy identificados con nuestras costumbres, usos y carácter, debían ser nuestros naturales medianeros para con los egipcios. Finalmente, creó Menou un impuesto sobre las sucesiones, que quiso extender al mismo ejército, lo que vino á ser un nuevo motivo de queja para los descontentos.

La manía de asimilar una colonia á la metrópoli y de creer que se la civiliza trastornando todo su modo de existir, se había apoderado de Menou como de todos los colonizadores, poco ilustrados y más atentos á mandar mucho que á mandar con tino. Creó por remate de obra un consejo privado, compuesto, no ya de cuatro ó cinco jefes en actual servicio, sino de unos cincuenta oficiales civiles y militares, elegidos entre las diversas graduaciones. Era aquello un verdadero parlamento, cuya reunión estorbó el temor del ridículo. Añadió por fin un diario árabe destinado á enterar á los egipcios y al ejército de los actos de la autoridad francesa.

Sin embargo, los soldados se curaban poco de tales innovaciones. Vivían con desahogo, se burlaban de Menou, y apreciaban no obstante su honradez y la solicitud que por ellos le animaba. Los habitantes vivían sumisos, y reconocían por fin que el yugo de los franceses era mucho más tolerable que el de los mamelucos; no obstante, había cierto partido infinitamente más irritable, que era el de los descontentos del ejército. Para que Menou no hubiera sido censurado fuera menester que no hiciese absolutamente nada, que no expusiese un solo acto de autoridad á su emponzoñada crítica, y aun entonces hubieran murmurado de su inacción. Pero Menou estaba demasiado poseído de la manía de organizar para no suministrar materia á su crítica; aprovecharonse de esto, y hasta llegaron á proyectar la deposición de su general en jefe, acto de insensatez que hubiera trastornado la colonia y convertido el ejército de Egipto en ejército pretoriano. Se sondeó el espíritu de la oficialidad de muchas divisiones, pero se la encon-

tró tan poco dispuesta á las revueltas, que hubo que renunciar á aquel plan. Reynier y Damas habían seducido á Lanusse; entre los tres se granjearon á Belliard y á Verdier, y excepto el general Friant, todos los divisionarios formaron parte en breve de aquella funesta oposición. Dos antiguos convencionales, Tallián é Isnard, que el general Bonaparte había conducido á Egipto para dar ocupación á sus ocios, se hallaban en el Cairo, y vueltos á sus antiguos hábitos se mostraban los más ardientes agitadores. No siendo posible la deposición del general en jefe, imaginaron los generales dar cerca de su persona un paso en corporación para presentarle sus observaciones sobre varias medidas, entre las cuales ciertamente las había muy dignas de censura. Pasaron á verle sin hacerse anunciar, y su presentación repentina sorprendió sobre manera á Menou. Manifestáronle sus quejas, que escuchó con bastante desagrado, aunque con cierta dignidad; prometiéndole tomar en cuenta algunas de sus observaciones, y tuvo la debilidad de no castigar al punto mismo la insolencia de semejante conducta. Este paso produjo en el ejército un verdadero escándalo y fué severamente criticado. Pero pagaron por todos Isnard y Tallián, y tuvieron que embarcarse para ser conducidos á Europa.

Llegó entretanto la orden del primer cónsul, que confirmaba á Menou en su cargo y le confería el mando en jefe de una manera definitiva. Esta manifestación de la voluntad suprema llegó muy á tiempo para que volviesen á su deber parte de los descontentos; pero por desgracia sobrevinieron nuevos disturbios que pusieron en breve las cosas en su primer estado. Sólo en rencillas miserables emplearon el tiempo precioso transcurrido desde Heliópolis hasta el momento presente, es decir, un año entero, aquellos hombres de ánimo desapacible que agrió el destierro, y que alentó para la discordia la flojedad del que ejerció el mando: tiempo precioso que debió invertirse en estrechar más la unión y en prepararse á vencer con ella el formidable enemigo que se disponía á caer sobre el Egipto.

Menguaba el Nilo, las aguas volvían á su madre y las tierras inundadas comenzaban á enjugarse. Había llegado la época de los desembarcos; iba á entrar el mes de febrero de 1801 (ventoso, año IX). Ingleses y turcos se disponían á dirigir nuevos asaltos contra la colonia. El gran visir, el que Kléber había derrotado en Heliópolis, estaba en Gaza, entre la Palestina y el Egipto, por no haberse atrevido después de su derrota á aparecer en Constantinopla, no contando apenas más que con diez ó doce mil combatientes devorados por la peste, los cuales vivían del saqueo, y tenían que luchar diariamente con los montañeses de la Palestina levantados contra semejantes huéspedes. Por esta causa no había que temerle en mucho tiempo. El capitán bajá, enemigo del visir y favorito del sultán, cruzaba con algunas naves entre la Siria y el Egipto, y confiando poco en la fuerza de las armas para reconquistar el Egipto, al mismo tiempo que recelaba mucho de los ingleses, de quienes sospechaba que querían despojar de aquella hermosa región á los franceses para invadirla ellos, hubiera deseado renovar el convenio de El-Arisch. Finalmente, diez y ocho mil hombres reunidos en Macri, en el Asia Menor, procedentes unos de Inglaterra, otros de Hesse, Suiza, Malta y Nápoles, conducidos por oficiales exclusiva-